



D O N P A U L O

P O R
A L F O N S I N A S T O R N I



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

ERA Don Paulo un comisario retirado. Vivía con su familia en una casa quinta de los suburbios, disfrutando de su pensión. Lo que se llama, habitualmente, un buen hombre. Cara rojiza, cabello cano, los ojos pequeños y pícaros; una violenta cicatriz disimulada por su bigote chino, caído a ambos lados de la boca. Hablaba poco, observaba mucho. Fumaba casi siempre con parsimonia, un aplastado cigarrillo de papel turbio.

Descendía de distinguida familia porteña, sin jactarse de ello. Encarriado estaba de un modo extraordinario con sus perros vulgares, ladradores, a los que cuidaba con indiferencia su sarna.

Vivía en la pieza más pobre de la casa, desarreglada y sucia, llena de libros tirados por el suelo, pieza a la que su mujer, de la que corporalmente estaba separado, solía ir todas las mañanas a llevarle un chisme doméstico. Padre de una muchacha bonita y haragana, que se pasaba los días tirada en la cama, consultando la rueda de la fortuna y haciendo juegos de naipes, y de cuatro varones, zánganos todos, voraces, destartalados, buscadores de huevos en los nidos de las gallinas cluecas para hacer su "cock-tail", infaltables a los bailes familiares de donde salían con los bolsillos repletos de masas robadas, Don Paulo era el punto muerto de la vorágine de su familia.

Un verdadero espíritu masónico unía a toda la familia en el pequeño delito, en la ligera iniquidad: así su perro tenía derecho a romperle el pantalón al lechero, su hijo a trampear al sastre y su mujer a dejar a media ración al servicio. Pero, acaso por inercia Don Paulo no hacía a nadie ni bien ni mal; dejaba hacer, celebrando con una sonrisa orgullosa tal o cual gauchada de su hijo preferido.

A veces, de sobremesa, contaba sus episodios de cuando fuera soldado y el ala de la nariz se le ahuecaba como recordando el dulce olor de la sangre enemiga.

La palabra degüello no quedaba mal en su boca fría, y la pronunciaba riendo, mientras uno de sus hijos le quitaba de su cartera y en sus barbas, los pocos pesos que le quedaban, ¡qué diablo! Los muchachos necesitaban hacer buen papel, por eso cuando toda su familia iba a un baile luciendo los varones sus alquilados trajes de etiqueta, Don Paulo subía satisfecho a su cuarto a leer su diario, acompañado de su nichicho ladrador.

Tenía, claro está, ideas comunes. Vivía de las fórmulas, de los clichés, de los clichés y super clichés. Era un jugador a las quinielas. Carrerista, por otra parte, mesurado. Ningún dato seguro que fallaba siempre.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

Sostenía Don Paulo conmigo largas conversaciones, y era, en verdad, como sujeto, el más interesante de toda la casa. Me placía ver emanar de ese cuerpo viejo tanta segura inconsciencia, tanto instinto bien resguardado de las invasiones civilizadoras.

Sí; estar al lado de Don Paulo era estar cuarenta años atrás, lejos de todo el honrado dolor de la inquietud moderna, de su preocupación por los derechos humanos.

Una espesa jalea compuesta de animalidad, de derecho de la fuerza, de recursos de la astucia, parecía colar por sus viejos bigotes, debajo de los cuales la boca tenía una expresión de zorro haragán.

En mi curiosidad no había, sin embargo, simpatía. Conversaba con él como quien lee un libro de anécdotas crudas, vivas, pintorescas.

Pocas palabras con mayúscula tenía esa alma. La más importante de todas era siempre: Necesidad.

Por necesidad Don Paulo hubiera degollado; sin ella, las chinches de su cama podían ascender silenciosas y en hilera las paredes de su cuarto, que las hubiera dejado multiplicarse con la misma vasta justicia con que las fuerzas creadoras dejan vivir todo lo que el hombre, por serle inútil o perjudicial, no comprende.

Un día presencié en su casa uno de los hechos más torpes y curiosos, como expresión de una psicología, a que me ha sido dado asistir en mi vida y lo relato simplemente, sin agregar ni quitar nada, con el vivo propósito de conservar entera su bárbara fisonomía moral.

Serían las diez de la mañana de un domingo, cuando un pobre gringo de la vecindad llamó a la puerta con su sombrero en la mano. Llamó tímidamente, llevando, debajo del brazo, un informe bulto plumado.

Salió a abrirle la muchacha:

—¿Está Don Paulo?

—Sí, está en la cama, ¿qué quería?

—Tengo que hablar con él.

—¿No podría venir más tarde?

—Tengo que hablarle ahora mismo.

Vea. Y el gringo enseñó a la muchacha un espléndido gallo muerto, succionado de tierra, con el pico clavado en el cuello.

La muchacha, sin comprender, fué

www.huellasfeministas.com.ar

hora más tarde, hizo pasar al hombre al jardín, preguntándole mal humorado:

—¿Y en qué anda, amigo?

—Yo..., vea..., su hijo... y sin poder hablar casi, con los ojos chispeantes y llorosos le mostró el magnífico animal muerto.

Don Paulo comprendió en seguida. Conocía bien la manía de su hijo José, fuerte muchachote de doce años, comilón infatigable de huevos y perseguidor cruel de pájaros, aves, conejos, y de todo ser que tuviera movimiento vital y fuera indefenso.

—Se metió en la quinta, comentaba el hombre en su lenguaje pintoresco, le puso riendas, lo montó a caballo, y lo hareventado! Muere. Muere. Y vivo de mi trabajo... Y tengo seis hijos.

En el cuarto de baño, cercano al patio, oíase caer la lluvia y José silbaba bajo el agua fresca jabonándose el joven cuerpo elástico.

Don Paulo observaba al gringo con una mirada enigmática, dura y despreciativa. Con rápidas miradas viraba los ojos, del sombrero apretado en su mano derecha, al gallo colgante de la izquierda, o a la rodilla remendada con un cuadrado azul o a su gruesos y sucios zapatos de quintero.

Y como de los ojos del hombre caía una lágrima su mirada se hizo más dura y su expresión más sombría.

—Quédese aquí, le ordenó; ahora va a ver. Y volviéndose hacia la casa gritó con voz opaca: ¡José!

Como nadie le respondiera volvió a gritar más fuerte: ¡José!

—Papá.

—Salga del baño y venga aquí en seguida.

A los pocos minutos, en pantalón, camiseta y zapatillas, con el cabello mojado y sin peinar, y la piel, colorada aun por el latigazo del agua, José se llegaba al jardín.

Cuando vió al gringo con el gallo muerto en la mano se paró receloso sin atreverse a avanzar.

—Que venga le he dicho.

El muchacho avanzó con la cabeza baja y sin pronunciar palabra.

—Vaya al galpón.

—¡Papá!...

—Vaya al galpón, le ordeno, y Vd. venga.

José, pálido como un muerto, se encaminó al galpón seguido de su padre que caminaba con el ceño contraído y del gringo que no comprendía nada.

—Baje esa correa.

—Baje esa correa, le mando, so so treta.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

También Don Paulo estaba ahora pálido y miraba al quintero con ojos irónicos y vengativos, y como el muchacho hiciera ademán de escaparse lo contuvo con una mirada terrible.

—Venga aquí y traiga eso, repitió con un modo que no admitía réplica, aguardándolo inmóvil, mientras el muchacho avanzaba y retrocedía, y miraba al gringo como pidiéndole salvación y dirigía esperanzadas ojeadas a la puerta del galpón radiante del amarillo sol de mediodía, y, como los perros, que saben van a ser apaleados, avanzaba como arrastrándose, y estaba cada instante más cerca, creyendo poder escapar siempre.

Cuando la mano de Don Paulo, que no se había movido de su sitio se cerró sobre el brazo de su hijo, éste lanzó tal alarido de terror que el quintero, más tembloroso aún que José, intervino:

—¡No, Don Paulo, por favor, no! ¡Perdónelo!

—¡Vd. mire, so gringo!

Y con toda la fuerza de su muñeca descargó en las piernas el primer lonjazo.

—¡No, Don Paulo, no, no! Repetía el otro angustiosamente, pero el padre, fuera de sí, y cada vez más excitado por los gritos del uno y las súplicas del otro se cebaba sobre el muchacho, castigándolo sin compasión y repitiendo entre dientes: ¡usted mire, pues, mire!

Cuando la madre y los hermanos se lo arrancaron de las manos y José se refugiaba en brazos de aquélla con una pierna sangrada, Don Paulo arrojando la lonja se dirigió al gringo preguntándole con una sonrisa feroz:

—¿Está contento? Si lo está puede irse.

Atropellando gente salió el hombre a la calle mientras Don Paulo, sin acercarse al grupo de sus familiares,

gringo de porra! Lo que es éste no vuelve a quejarse en su vida.